Español a la actualidad, y cumplida la restauración, se anuncia su reapertura para el próximo otoño.

Era interesante ver hasta qué punto la condición política del nuevo Ayuntamiento madrileño incidía en la solución del problema. Y justo es decir, en honor de Tiere Galván y de su equipo, que los acuerdos y declaraciones si la han puesto de manifiesto. Primero, en la decisión de alzar el telón el próximo otoño; es decir, de rescatar la utilidad pública de la sala lo antes posible. Segundo, en aceptar de plano que una programación cultural, ofrecida en las debidas condiciones y con una política de precios abierta a la mayoría, ha de ser obligadamente gravosa. Y tercero, en pactar con el Ministerio de Cultura una cogestión del teatro, compartiendo el déficit, sin renunciar —como ocurrió en un largo periodo anterior— a influir decisivamente en la marcha de un teatro que le pertenece.

El acuerdo, firmado por el Ministerio de Cultura y el Ayuntamiento, supone la creación de un Patronato formado por un número paritario de representantes. El Patronato designará un director, quien, con un funcionario de cada una de las partes, constituirá la Comisión Gestora, encargada de la administración económica y artística del teatro. El déficit será cubierto, consecuentemente, por Ayuntamiento y Ministerio al 50 por 100.

A partir de ahí se sabe poco.

El teatro Español.

Entre otras cosas, porque aún no ha sido designada esa Comisión Gestora. Pero está claro que el Ayuntamiento intentará subrayar la “municipalidad” del teatro, su activa vinculación al vecindario madrileño, sin la menor confusión con el Centro Dramático Nacional.

El primer año es el menos problemático. Sabido es —y en estas páginas lo hemos depurado más de una vez— que hay varios Premios Lepe de Vega pendientes de estreno. Escritos por personas —Miras, Martín Recuerda, Vallejo, Fernán-Gómez— que son hoy importantes en el panorama teatral español, aunque en el caso del excelente actor haya que decir que se trata de una novedad, quizá no demasiado inesperada si pensamos en la personalidad de Fernán-Gómez. Los cuatro títulos esperan, y es del todo justo que el Español emprenda su nueva vida dándoles la satisfacción que, de acuerdo con las bases del Premio, les debe, arrancando con el estreno de “De San Pascual a San Gil”, que El Bicho presentó ya, en una especie de breve pretemporada, en el Real Coliseo del Escorial.

Los cuatro títulos son para la Comisión Gestora una obligación, pero, también, un respiro. Llenan el tiempo necesario para delinear una política teatral, para organizar una infraestructura de proyección popular, para elegir orientaciones, títulos y directores, para diseñar, en fin, los términos concretos de la nueva tarea. Una tarea que el acuerdo entre el Ministerio de Cultura y el Ayuntamiento de Madrid acaba de poner en marcha. JOSÉ MONLEON.

DISCOS

Versión clásica de un clásico

Con emociones encontradas acogí la edición discográfica del año, la “Novena Sinfonía” de Mahler en versión de Carlo María Giulini (Deutsche Grammophon 2707097). De un lado, considero, como la mayoría, que Giulini es uno de los grandes directores de nuestra época; de otro, el súbito descubrimiento, gracias a su interpretación, de ese vasto Mediterráneo que es la “Novena” mahleriana, me daba la impresión de ser el resultado de una operación de marketing, no extraña en el mundo del disco. Para colmo, la mentada sinfonía no me parece la más resaltable de su autor; debo decir, por fin, que, a diferencia de muchos aficionados impacientes, he esperado para escuchar la grabación a que ésta se editara en España.

Los críticos, en el ejercicio de eso tan práctico que es curarse en salud, suelen soltar primero lo de que “la música habla por sí sola”, después hablar de lo que hay detrás de ella. Unos ganan en mérito, otros en convicción. La idea, en suma, es la de ensayar una suma de esfuerzos contrastados, sino algo cuyo desarrollo siga la lógica de las cosas vivientes. El universo de sonidos o, mejor, un universo que es sonido, brota mágicamente, como espinas la orquidea que en realidad lo produce —nada menos que la impresionante Sinfónica de Chicago—. El mismo director, responsable del logro, queda inmerso en ella, y la “Novena Sinfónica” de Mahler surge arribadora- doramente elemental, no lejos de mundos musicales tan familiares como el de Tchaikovsky. Su sorpresa es que no hay sorpresas: es la versión clásica que está reclamando un clásico. JOSÉ RAMÓN RUBIO.